

## NOTAS

### EDUCACIÓN, LITERATURA Y BELLEZA. A PROPÓSITO DEL LIBRO *ELOGIO DE LA EDUCACIÓN* DE MARIO VARGAS LLOSA

---

*Carlos J. McCadden M.\**

EDUCATION, LITERATURE AND BEAUTY.  
ABOUT THE BOOK *ELOGIO DE LA EDUCACIÓN*  
BY MARIO VARGAS LLOSA

RESUMEN: Junto con el comentario del libro de Vargas Llosa, se analiza la importancia de la lectura para la formación del pensamiento crítico, el cual nos hace hombres verdaderamente libres, y la actividad de escribir como vocación y decisión de transformar la realidad de forma bella y desafiante.

PALABRAS CLAVE: cultura, espíritu crítico, grandes libros, lectura.

ABSTRACT: While commenting on Vargas Llosa's book, the importance of reading for the formation of critical thinking, which makes us truly free human beings is examined, and the activity of writing as a vocation and decision to transform reality in a beautiful and challenging way.

KEYWORDS: critical thinking, culture, great books, reading.

RECEPCIÓN: 29 de septiembre de 2017.  
ACEPTACIÓN: 11 de junio de 2019.  
DOI: 10.5347/01856383.0130.000295799

\* Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM.

EDUCACIÓN, LITERATURA Y BELLEZA.  
A PROPÓSITO DEL LIBRO  
*ELOGIO DE LA EDUCACIÓN*  
DE MARIO VARGAS LLOSA

136

Este libro<sup>1</sup> es la recopilación de seis transcripciones de conferencias diversas y del discurso de aceptación del Premio Nobel de Literatura.<sup>2</sup> No tiene introducción ni una conclusión que permita entender su *ratio*. Al parecer, la disposición del capitulado es temática, porque los textos no aparecen organizados cronológicamente. El primero se titula “¿Qué es un gran libro?”, el segundo “La literatura y la vida”. “Elogio de las bibliotecas” es el tercero. Le sigue “Semilla de los sueños”. Los escritos quinto y sexto

se titulan “Dinosaurios en tiempos difíciles” y “La solitaria y la catoblepas”. El séptimo, que es el último, se titula “Elogio de la lectura y la ficción” y es una especie de culminación de las cuestiones tratadas en las conferencias anteriores. Desde el punto de vista temático, el libro es un elogio a la cultura general, con las siguientes líneas:

**Los grandes libros y las bibliotecas**

Vargas Llosa describe lo que él considera un *clásico*: un libro es magno cuando se introduce en nuestra vida, perdura en ella y la modifica. Es un producto de la cultura pero a la vez una especie de amigo fiel al que se puede acudir en busca de ayuda y

<sup>1</sup>Mario Vargas Llosa, *Elogio de la educación*, 2016, México, Taurus, 121 pp.

<sup>2</sup>Mario Vargas Llosa, *Discurso Nobel. Elogio de la lectura y la ficción*, 7 de diciembre de 2010, en <[https://www.nobelprize.org/prizes/literature/2010/vargas\\_llosa/25185-mario-vargas-llosa-discurso-nobel/](https://www.nobelprize.org/prizes/literature/2010/vargas_llosa/25185-mario-vargas-llosa-discurso-nobel/)>, consultado el 11 de julio de 2017.

consejo. Nos hechiza, y nos exige esfuerzo intelectual para apreciarlo. Son grandes los libros que nos obligan a revisar nuestras opiniones, los que de alguna manera nos contradicen.

La literatura tiene una doble cara, la elegante (elegida) y la vulgar (popular). Pero, ¿cómo elegir? Ciertas obras pueden ser distinguidas por su calidad, su originalidad, por ciertos rasgos formales y temáticos o porque han trascendido y se consideran clásicas, es decir, dignas de ser estudiadas en el salón de clase. Vargas Llosa no define un canon. Solo señala algunos criterios, pero incluye no únicamente la literatura artística o de ficción en todos sus géneros, sino también ensayos o tratados de ciertas disciplinas que considera significativas. Para él, los grandes libros son los que nos hacen vivir más intensamente, conocer mejor el mundo, frecuentar a gente de todas partes y de todos los registros.

Seríamos peores de lo que somos si no leyésemos libros buenos. Seríamos más conformistas, menos inquietos y más sumisos. El espíritu crítico, que es el motor del progreso, ni siquiera existiría. Para Vargas Llosa, la humanidad inició su proceso de humanización desde el momento en que los cavernícolas de la prehistoria empezaron a soñar en colectividad, a compartir los sueños, e incitados por los contadores de cuentos, dejaron de estar atados a la noria de la supervi-

vencia y al remolino de quehaceres embrutecedores.

Una biblioteca es un depósito de libros y la envoltura que los exhibe. Algunas bibliotecas tienen salas de lectura, lugares que permiten de una manera peculiar desarrollar una íntima y privada relación con un libro. En ellas se convierten las letras, con un movimiento de la imaginación, que es ya un movimiento creador, en imágenes o apariciones (del griego φάντασμα), que involucran todos los sentidos. En esos libros hay escritas imágenes auditivas, táctiles, olfativas, gustativas y visuales. Una biblioteca es el lugar donde se puede leer, es decir, cosechar (del latín *legere*) un libro que fue previamente labrado y cultivado por su autor. Es el sitio de la recolección inmaterial del brío de las letras y de las palabras encriptadas en el idioma que le corresponde. Es el local que nos obsequia, por su silencio y tranquilidad, la posibilidad de estudiar (del latín *studere*: “esforzarse, empeñarse, destinarse, concentrarse”). Esto genera, en cada uno de nosotros de una manera personalísima, imágenes que se mueven, que se piensan y se reflexionan, y nos llevan por sus mundos; que nos sacan del universo en que vivimos y nos trasladan a otros, sin movernos. Nos llevan a tiempos y espacios diferentes sin que tengamos que dejar de ser la misma persona. Son mundos que anterior-

mente nos resultaban inimaginables, que en algunos casos escapan a la racionalidad pura y que causan en nosotros curiosidad, pero ante todo el gozo y el placer propio que genera la belleza de la obra de arte.

Una biblioteca nos lleva a romper fronteras. Nada más cruzar su umbral descubrimos la diversidad multicolor y la variedad de las personas que en ella se hallan y que gozan de ese denominador común de la especie humana que nos hace esencialmente idénticos.

### **La literatura y el espíritu crítico**

La literatura no es un pasatiempo de lujo, sino uno de los quehaceres más importantes y enriquecedores del espíritu humano y una actividad irremplazable para la formación del ciudadano en la sociedad democrática actual, porque forma individuos libres. La literatura, si bien es una disciplina básica, tiende no obstante peligrosamente a desaparecer del currículo escolar como enseñanza, porque se le considera prescindible. Es verdad que el prodigioso desarrollo de la ciencia y la técnica se debe a la fragmentación en innumerables avenidas y compartimentos que nacen de la especialización del conocimiento. Pero la especialización puede tener una consecuencia negativa, ya que va eliminando

esos denominadores comunes de la cultura gracias a los cuales los seres humanos pueden coexistir, comunicarse y sentirse solidarios. La especialización produce guetos culturales de técnicos y especialistas a los que internamente unen lenguajes, códigos e información sectorizada que, sin embargo, pueden desintegrarse en particularismos solipsistas.

El antídoto está a nuestro alcance. La simple lectura es el salvoconducto que nos permite visitar y conocer la República de las Letras y eventualmente alcanzar su ciudadanía. Apartada de la división del trabajo intelectual, la literatura, a diferencia de la ciencia y la técnica, es uno de los denominadores comunes de la experiencia humana, gracias a la cual los seres humanos dialogan, sin importar sus distintas ocupaciones y geografías, ni sus circunstancias y tiempos históricos. Además, ninguna otra disciplina o arte puede sustituir a la literatura en la formación del lenguaje con que se comunican las personas. Así, por el solo hecho de haber leído a los grandes literatos como Cervantes o Shakespeare, Dante o Tolstói, nos sentimos miembros de la misma especie. En esas obras se recrea aquello que compartimos como seres humanos, lo que permanece en todos nosotros por debajo de las diferencias que nos separan. Vargas Llosas no defiende una aristocracia parnasiana, sino una *Res*

*publica literaria* a la que puede ingresar todo aquel que lea. La lectura es su carta de naturalización, y a la vez, el pasaporte que nos saca las orejeras pueblerinas y nos hace extraños frente a la estupidez de los prejuicios, del racismo, de la xenofobia, el sectarismo religioso o político y de los nacionalismos excluyentes.

El peruano cita al francés Marcel Proust: la “verdadera vida, la vida esclarecida y descubierta. La única vida por tanto plenamente vivida, es la de la literatura”. Esta instaura un vínculo fraterno que nos obliga a dialogar sobre un fondo común, el de formar parte de un mismo linaje espiritual que trasciende las barreras del tiempo.

Toda obra literaria nace como la obra de un individuo, pero no es entonces cuando comienza a existir, sino que comienza de veras a existir cuando es leída por los otros, cuando pasa a formar parte de la vida social, cuando se torna, gracias a la lectura, en experiencia compartida. Una comunidad sin literatura escrita se expresa con menos precisión, riqueza de matices y claridad que otra que se ha cultivado y perfeccionado gracias a los textos literarios. Una civilización ágrafa, de léxico liliputiense y limitación verbal, nos hace tartamudos y afásicos.

Es de lamentarse que, como artista, Vargas Llosa no haya elogiado a la literatura por su belleza. Tampoco habla de lo que la belleza origina

en los lectores en cuanto a su engrandecimiento y dignificación. Habría que preguntarse si el título del libro aquí reseñado, *Elogio a la educación*, es el más adecuado, pues no trata de la educación en la belleza.

La más grande crítica que hago a este libro de Vargas Llosa, entendida esta como demostración de límites, y a la vez a todo gran escritor que produce belleza y que no sabe fundamentar su arte, es no haber encontrado mayor argumento para elogiar la literatura que la insatisfacción que crea. Vargas Llosa piensa que en la medida en que las obras literarias sean coherentes y perfectas, también desarrollan en nosotros un espíritu crítico, porque nos hacen más recelosos y exigentes con nuestro entorno. Es posible que estas ideas las haya retomado de Sartre, arquetipo del escritor comprometido. El mismo Vargas Llosa confiesa que en las décadas de 1950 y 1960 creyó en él a ciegas. Vargas Llosa considera que el trabajo literario conlleva una responsabilidad que no se agota en lo artístico y que ha de estar indispensablemente ligada a una preocupación moral y a una acción cívica. Parece olvidar que los mejores artistas no son sino aquellos que únicamente obedecen a sus instintos en la búsqueda de la belleza. Es verdad que la literatura cambia al mundo, pero hacerlo sin ambages es el trabajo del político, no del artista.

Por ello tiene razón el gran escultor Richard Serra (San Francisco, 1938) cuando dice: “El mejor arte es intrínsecamente inútil”.<sup>3</sup> Esta frase muestra la belleza en su hidalguía, el arte no sirve para nada, y no puede servir más que para engrandecer humanamente a los mismos que son capaces de crearla y valorarla. Si sirviera para enriquecerse, para alcanzar el poder o para cualquier otro fin, se degradaría.

Vargas Llosa considera que nada aguza mejor nuestro olfato ni nos hace tan sensibles para detectar la raíz de la crueldad, la maldad y la violencia humana que la buena literatura. Y si la literatura no sigue asumiendo esta función hoy, como lo hizo en el pasado, será difícil sortear los problemas de la civilización contemporánea. Las letras tienen la capacidad de movilizar las consciencias a favor de la libertad, la democracia y la paz mundial. Esto lo hacen mucho mejor que las imágenes y las pantallas de televisión o el cine, porque tiene la posibilidad de calar más hondo en el análisis de los problemas y de decir la verdad, particularmente la verdad social. Esto quiere decir que la literatura fomenta la cultura de la libertad, y a su vez la literatura vive gracias a ella y sin ella se asfixia. La demo-

cracia es la mejor defensa de la libertad, y esta es un bien precioso, pero no está garantizado. Hay que asumirla, ejercitarla y defenderla literariamente. No hay duda de que la literatura, además de sumirnos en el sueño de la belleza y la felicidad, nos alerta contra toda forma de opresión. Es por esto que todos los regímenes empeñados en controlar la conducta de los ciudadanos, de reprimirla y vigilarla de la cuna a la tumba, le temen tanto a la libre expresión de los escritores independientes. Las ficciones vuelven a los ciudadanos más difíciles de manipular y, curiosamente, más inmunes a las mentiras de los que les quieren hacer creer que entre barrotes vivirían mejor. La buena literatura es insumisa, revoltosa y desafiante. La literatura tiene un lugar transcendental en la creación del espíritu crítico en la vida de las naciones, es motor del cambio histórico y el mejor valedor de su libertad.

Vargas Llosa se pregunta si no será un lujo solipsista el oficio de escribir en una región en donde hay tanta pobreza y donde la cultura es un privilegio de los pocos que no sufren hambre ni analfabetismo. Estas dudas nunca asfixiaron su vocación. Considera haber hecho lo justo. Escribió incluso cuando trabajaba casi solamente para comer. Para que la literatura florezca en una sociedad sería deseable, aunque no necesariamente un

<sup>3</sup> Iker Seisdedos, “Richard Serra: ‘El mejor arte es intrínsecamente inútil’”, *El País*, 26 de julio de 2017, en <[https://elpais.com/cultura/2017/07/24/babelia/1500913660\\_823639.html](https://elpais.com/cultura/2017/07/24/babelia/1500913660_823639.html)>, consultado el 20 de julio de 2018.

requisito, que todos, o siquiera la mayoría de sus miembros, hayan alcanzado primero la alta cultura, la libertad, la prosperidad y la justicia. Pero si fuera realmente así, la literatura nunca habría existido. Además, la literatura forma consciencias, genera deseos y anhelos. Invita a soñar incluso ante el desencanto de lo real. Es precisamente ahí donde nace la bella fantasía civilizadora. Los contadores de cuentos nos humanizan la vida con sus cuentos.

Cuando encarnamos un personaje de alguna obra nos desagrávamos a nosotros mismos de las ofensas e imposiciones de esa vida injusta que nos obliga a ser siempre los mismos. Al leer quisiéramos ser muchos personajes a la vez para aplacar los deseos de que en ese momento estemos poseídos: cabalgamos con Rocinante, recorremos los mares detrás de Moby Dick, tragamos arsénico con Madame Bovary y nos convertimos en insecto con Gregorio Samsa. En el intervalo de la suspensión provisional de la vida real que nos ofrece la ilusión literaria somos otros; más intensos, más ricos, más complejos, más felices, más lúcidos. Nos abre los ojos.

Habrà que repetirlo hasta vencer a las nuevas generaciones: la ficción es más que un entretenimiento, más que un ejercicio intelectual que aguja la sensibilidad, despierta el espíritu crítico. La literatura es imprescindible para que exista la civilización,

porque renueva y conserva en nosotros lo mejor de lo humano. Es la arcilla de nuestros sueños lo que nos llevó de la caverna a los rascacielos. Por eso tenemos que seguir criticando para convertir en posible lo imposible.

### La vocación y el arte de escribir

Vargas Llosa aprendió a leer a los cinco años (1941), en primero de primaria en el colegio La Salle. Fue en esa época, en la casa de la calle Ladislao-Cabrera en Cochabamba, cuando empezó a gestarse en él ser escritor, gracias a la exaltante taumaturgia del leer. Dice: “Todo escritor es, antes de serlo, un lector”. Pese a haberla pasado asombrosamente bien en el mundo real de esos años bolivianos, la pasó aún mejor en el mundo inventado. Leía las historietas ilustradas de *El Penca* (Chile) y el *Billiken* (Argentina) que él y los cochabambinos coinventaban usando raudales de fantasía. Devoraba con glotonería las novelas de aventuras. Esa fue seguramente la última generación de niños lectores para los que la necesidad de una vida ficticia se aplacaba con la lectura, las que vinieron después saciarían esa sed con el cine y la televisión.

Su abuelo Pedro escribía versos festivos y estaba muy orgulloso de su padre y del padre de este, quien

NOTAS

fue abogado, poeta y escritor premiado en el concurso del Ateneo de Lima en 1886.

La familia materna Llosa, la única que realmente tuvo, era del Perú y allá volvieron. En 1945 empezó la época de mudanzas y viajes cuando el presidente del país, pariente de su abuelo, lo nombró prefecto de Piura. Recuerda que a su madre y a sus abuelos les encantaba que fuera tan aficionado a leer y lo alentaban a aprender versos de memoria. Toda su vida tuvo gente que lo alentó a escribir.

En Piura fue periodista. Fue también allí donde una mañana pasó de ser hijo sin papá a hijo con papá. Se iría a vivir con él y su madre a Lima. Su salvación fue leer, leer los buenos libros, y escribir a escondidas, como quien se entrega a un vicio inconfesable, a una pasión prohibida.

De niño soñaba con llegar algún día a París porque quedó deslumbrado con la literatura francesa. Creía que vivir allí y respirar el aire que respiraron sus grandes escritores le ayudaría a convertirse en un verdadero escritor. Entendía que si no salía del Perú sería tan solo un escritor de días domingo y feriados. Reconoce deber a Francia, y a su cultura, que la literatura es tanto una vocación como una disciplina, un trabajo y una terquedad. Lo que más agradece a ese país es el descubrimiento de América Latina.

Ha vivido en París, en Londres, en Barcelona —que él llama la capital de América Latina—, en Madrid, en Berlín, en Washington, en Nueva York, en Brasil y en la República Dominicana. Dice no haberse sentido extranjero en ninguna parte y que al convertirse en un ciudadano del mundo no se debilitó su arraigo peruano. El Perú sigue alimentándolo como escritor y siempre se asoma en sus historias. Fue acusado de traidor y estuvo a punto de perder la ciudadanía. Un compatriota suyo, José María Arguedas, contemporáneo de nuestro José Vasconcelos, llamó al Perú el país de “todas las sangres”. Y para Vargas Llosa eso son, les guste o no, los peruanos, una suma de tradiciones, razas, creencias y culturas procedentes de los cuatro puntos cardinales. El Perú es en pequeño formato el mundo entero, es un país que no tiene identidad porque las tiene todas. Se enorgullece de ser heredero de la cultura prehispánica y de la de los españoles, especialmente de la lengua recia de Castilla. El Perú y España son el anverso y reverso en cuanto historia, lengua y cultura. España no solo es el país donde se publicaron todos sus libros, sino que le concedió una segunda nacionalidad cuando estaba en peligro la peruana.

Es un asunto misterioso la vocación literaria, pero se puede tratar de explicar. Es una predisposición huidiza de oscuro origen que lleva al

escritor a sentirse casi obligado a ejercerla porque intuye que solo ejercitando esa vocación —escribiendo historias— se sentirá de acuerdo consigo mismo, sin la miserable sensación de desperdiciar su vida. No es una fatalidad del destino, y aunque llegó a pensar como los existencialistas franceses que la vocación es sobre todo una elección, Vargas Llosa está ahora convencido de que la vocación literaria no se puede explicar solo por el libre albedrío. Sospecha que se desarrolla precozmente una predisposición a fantasear personas, situaciones, anécdotas, mundos diferentes del mundo en que se vive. Esa proclividad es el punto de partida de lo que podrá llegar a llamarse vocación literaria. Realmente son los escritores los que se eligen a sí mismos como tales. Organizan su vida para trasladar a la palabra escrita esa vocación que se contentaban con fabular en el territorio de la mente. Ese es el momento decisivo, el instante en que alguien decide que, no contento con fantasear una realidad ficticia, necesita recrearla mediante la escritura. Esa decisión no garantiza el futuro de quien ha decidido ser escritor, pero el orientar la propia vida en función de ese designio es la única manera posible de empezar a serlo. Para Vargas Llosa, la ficción nace de la rebeldía que busca crear una vida distinta porque se rechaza la vida tal como es.

Se desea sustituir el mundo real por medio de la imaginación y los deseos. Lo que se quiso tener no se tuvo, por lo que no queda más que inventar. Se crea por las palabras la manera de aplacar ambiciones, llenar vacíos, dinamitar el mundo que habitan. El lector de una gran ficción como la de Cervantes o de Flaubert regresa a la vida real después de la lectura con una sensibilidad mucho más alerta.

La decisión de asumir la afición por la literatura como destino se convierte rápidamente en una servidumbre semejante a la que se sometían los jóvenes del siglo XIX cuando se tragaban una solitaria para recobrar una figura de sílfide. Una vez consustanciada en el organismo, es la solitaria la que determina lo que la joven come y bebe dependiendo de su gusto y placer. Del mismo modo, el escritor no vive para sí mismo sino para el bicho que lleva dentro, es sirviente de la literatura. Pero una servidumbre libremente elegida hace de su víctima una víctima dichosa que no escribe para vivir sino que vive para escribir, porque el trabajo que ese misterioso talento literario requiere es formidable, ya que el genio no nace, se hace.

La raíz de todas las historias es la experiencia de quien las inventa; lo vivido es la fuente que irriga las ficciones literarias. Al leer una obra literaria es posible rastrear la semilla visceralmente ligada a una suma

de vivencias de quien fraguó la ficción, ya que escribir es un *striptease* invertido. Sí, escribir es similar a lo que hace la profesional que ante un auditorio se despoja de sus ropas y muestra su cuerpo, pero en sentido inverso. Escribir es ir arropando la desnudez inicial. También se puede decir que al escribir un novelista se está alimentando de sí mismo, como ocurre con el catoblepas que se devora a sí mismo para alimentarse. La vida deja en la conciencia o subconsciencia temas que acosan. Lo vivido se impone y escribir es sacarse esa vivencia de encima. El novelista al escribir va escarbando en sí mismo.

Curiosamente, no se puede decir que un escritor elija los temas, son ellos los que lo eligen a él; si bien en lo que concierne a la forma literaria, la libertad es total. La forma es la que permite cuajar en un producto concreto esa ficción. Lo vivido es el sitio de partida, pero no puede ser el punto de llegada; este debe alcanzar una autonomía total y tener vida propia. Sin una tarea creativa, una autobiografía no es sino ficción frustrada, a pesar de que pueda ser un verdadero tesoro para historiadores, antropólogos, etnólogos y sociólogos. Una realidad que no es y finge serlo no es una impostura, sino una auténtica ficción. Es un embaque, un embeleco, un artificio, un espejismo. Toda novela es una mentira. Hace lo natural extraordinario, disipa el caos,

embellece lo feo, eterniza el instante, pero sobre todo, torna la muerte en un espectáculo pasajero.

El novelista auténtico obedece dócilmente aquellos mandatos que la vida le inflige y escribe sobre los temas que llegan a su consciencia con carácter de necesidad. Un verdadero creador escribe alentado y alimentado por el propio ser de sus fantasmas; escribe sobre lo que le obsesiona y le excita. Es un trabajo apasionante si uno no rehúye a sus propios demonios ni se impone temas que parecen atractivos u originales pero que no le conciernen intensamente.

Las primeras cosas que escribió Vargas Llosa fueron enmiendas o prolongaciones a las aventuras que leía cuando niño, ya porque le apenaba que terminaran o porque hubiese preferido que tuviesen otro desenlace. Esto muestra la entrañable dependencia de la escritura como prolongación de la lectura. Todo lo inventado por él como escritor tiene una relación con lo vivido, puesto que fue en sus orígenes algo que hizo, vio, oyó o leyó. Esas imágenes, por razones que le resultan difíciles de desentrañar, se convirtieron en un desosiego fantástico, en el punto de partida de toda su construcción literaria.

Innumerables son los escritores de los que se siente deudor, porque le revelaron los secretos del oficio de contar, le hicieron explorar el abismo

de lo humano y animaron su vocación. Vargas Llosa detalla los nombres de algunos de los grandes escritores que tuvieron influencia en él, revelando que la mayor fue la que tuvo que ser, la del maestro supremo de tantos novelistas de su generación en el mundo entero: William Faulkner.

“Escribir es una manera de vivir”, dijo Flaubert. Sentir el vértigo de una novela en gestación, cuando toma forma y parece empezar a vivir por cuenta propia con personajes que se mueven, actúan, piensan, sienten y

exigen respeto y consideración, a los que no se les puede imponer arbitrariamente una conducta ni privarlos de su libre albedrío sin matarlos, es una experiencia tan plena y vertiginosa como hacer el amor con una mujer amada durante días, semanas y meses sin cesar, nos dice Vargas Llosa. Escribir es algo erótico, algo amoroso. Y un libro algo concebido. La literatura es una representación falaz de la vida —el más acá y el más allá del conocimiento racional— que, sin embargo, nos ayuda a entenderla.

Se prohíbe su reproducción total o parcial por cualquier medio, incluido electrónico, sin permiso previo y por escrito de los editores.